

Uno

Aquel martes por la mañana sacaron a Norma del aire porque había llegado un niño a la estación. Era flaco y callado, y llevaba consigo una nota. Las recepcionistas lo dejaron pasar. Se convocó una reunión.

La sala de conferencias era muy luminosa y mostraba una vista panorámica de la ciudad hacia el este, mirando a las montañas. Cuando Norma entró, vio a Élmer sentado en la cabecera de la mesa, frotándose el rostro como si acabaran de despertarlo de un sueño intranquilo y poco agradable. Le hizo una pequeña venia con la cabeza mientras ella se sentaba, luego bostezó, luchando por abrir la tapa de un frasco de pastillas que había sacado de su bolsillo. «Tráeme un poco de agua», gruñó a su asistente. «Y limpia los ceniceros, Len. Por Dios.»

El niño estaba sentado frente a Élmer, en una tiesa silla de madera, con la cabeza agachada. Era delgado y frágil, y sus ojos eran demasiado pequeños para su rostro. Le habían afeitado la cabeza —para matar piojos, supuso Norma—. Sobre sus labios se veían las primeras señas de un bigote. Vestía una camisa raída y pantalones sin basta amarrados a la cintura con un cordón de zapatos.

Norma se sentó a su lado, de espaldas a la puerta y con la vista de la ciudad blanca al frente.

Len reapareció con una jarra de agua. El líquido rebosaba de burbujas y tenía un tono grisáceo. Élmer se sirvió un vaso y tragó dos pastillas. Tosió cubriéndose la boca con la mano.

—Vayamos al grano —dijo Élmer cuando Len se sentó—. Discúlpanos por interrumpir las noticias, Norma, pero queríamos que conocieras a Víctor.

—Dile tu edad, muchacho —dijo Len.

—Tengo once años y medio —dijo el niño con una voz casi imperceptible. Len se aclaró la voz y miró a Élmer, como pidiéndole permiso para hablar. Luego del asentimiento de su jefe, prosiguió.

—Es una edad maravillosa —dijo—. Has venido a buscar a Norma, ¿verdad?

—Sí —dijo Víctor.

—¿Lo conoces?

Norma no lo conocía.

—Ha venido desde la selva —continuó Len—. Pensamos que te gustaría conocerlo. Para tu programa.

—Genial —dijo ella—. Muchas gracias.

Élmer se puso de pie y caminó hacia la ventana. Su silueta se dibujó contra la brillantez del día. Norma conocía aquel panorama: la ciudad a sus pies, extendiéndose hasta el horizonte y aún más allá. Si uno pegaba la frente al vidrio, podía ver hasta la calle de abajo, esa amplia avenida asfixiada por el tráfico y la gente, con autobuses, mototaxis y carretillas de verduleros. O la vida en los techos de la ciudad: cordeles con ropa tendida al lado de gallineros oxidados; viejos jugando a las cartas sobre una caja de leche; perros ladrando furiosamente, mostrando los dientes al denso aire marino. Alguna vez, hasta había visto a un hombre sentado sobre su casco amarillo, sollozando.

Si Élmer veía algo ahora, no parecía interesarle. Se volteó hacia ellos.

—No sólo viene de la selva, Norma. De 1797.

Norma se incorporó, tensa.

—¿Qué me estás diciendo, Élmer?

Era uno de aquellos rumores que ellos sabían que sí eran ciertos: fosas comunes, pobladores anónimos asesinados y enterrados en zanjas. Nunca habían informado sobre ello, por supuesto. Nadie lo había hecho. Hacía años que no tocaban ese tema. Norma sintió una pesadez en el pecho.

—Quizá no sea nada —dijo Élmer—. Mostrémosle la nota.

Víctor sacó de su bolsillo un pedazo de papel, seguramente el mismo que había enseñado a la recepcionista. Se lo entregó a Élmer. Éste se colocó sus anteojos para leer, aclaró otra vez su carraspera, y leyó en voz alta:

Querida señorita Norma:

Este niño se llama Víctor. Viene del pueblo 1797, en la selva oriental. Los residentes de 1797 hemos hecho una colecta para enviarlo a la ciudad. Queremos que Víctor tenga una vida mejor. Aquí no tiene futuro. Por favor, ayúdenos. Junto con esta nota incluimos nuestra lista de desaparecidos. Quizás alguno de ellos pueda encargarse del niño. Escuchamos Radio Ciudad Perdida todas las semanas. Nos encanta su programa.

Sus más devotos hinchas,

Pueblo 1797

—Norma —dijo Élmer—. Discúlpame. Queríamos decírtelo en persona. Sería fantástico tener al niño en el programa, pero queríamos advertirte primero.

—Estoy bien —se frotó los ojos y respiró hondo—. Estoy bien.

Norma odiaba los números. Antes, cada pueblo tenía un nombre; un nombre complicado y milenario, heredado de sabe Dios qué pueblo extinto; nombres con consonantes fuertes que sonaban como piedras triturándose unas contra otras. Pero ahora el gobierno había empezado un proceso de modernización, incluso en los rincones más apartados del país. Todo empezó luego del conflicto, una nueva política gubernamental. Decían que la gente se estaba olvidando de las antiguas tradiciones. Norma sintió curiosidad. «¿Sabes cómo le decían antes a tu pueblo?», le preguntó al niño.

—No —respondió Víctor.

Norma cerró los ojos durante un instante. Probablemente al chiquillo le habían enseñado a contestar así. Cuando la guerra terminó, el gobierno confiscó los mapas antiguos. Los retiraron de los estantes de la Biblioteca Nacional, recolectaron los que estaban en colecciones particulares, los recortaron de los textos escolares y los quemaron. Norma había cubierto esa noticia para la radio, confundida entre la animada multitud que se congregó a observar el espectáculo en la Plaza Pueblo Nuevo. El pueblo de Víctor alguna vez había tenido un nombre, pero éste ahora se había perdido. El esposo de Norma, Rey, había desaparecido cerca de allí, poco antes de que la Insurgencia Legionaria fuera derrotada. Esto ocurrió hacia el final de la rebelión, diez años atrás. Ella aún lo seguía esperando.

—¿Está usted bien, señorita Norma? —preguntó el niño con una voz baja y algo aflautada.

Ella abrió los ojos.

—Qué jovencito tan educado —dijo Len. Se inclinó hacia adelante, apoyó los codos sobre la mesa y dio unas palmaditas al niño en su cabeza rapada.

Norma aguardó un momento. Contó hasta diez. Luego tomó el papel y volvió a leerlo. La escritura era firme y pausada. Se imaginó la escena: el consejo del pueblo reunido para decidir quién tenía mejor letra. Qué folclórico. Al reverso de la hoja había una lista de nombres. «Nuestros Desaparecidos», decía, con el final de la *s* prolongándose en una curva optimista. No soportó leerlos. Cada uno era sólo un nombre, sin alma, sin rostro, una colección vacía para ser leída al aire en su programa. Devolvió la nota a Élmer. La sola idea le hacía sentir un cansancio inexplicable.

—¿Conoces a esta gente? —le preguntó Élmer al niño.

—No —dijo Víctor—. Sólo a algunos.

—¿Quién te trajo a la emisora?

—Mi profesor. Se llama Manau.

—¿Y dónde está? —preguntó Len.

—Me dejó y se fue.

—¿Por qué te enviaron aquí?

—No sé.

—¿Y tu mamá? —preguntó Norma.

—Está muerta.

Norma se disculpó; Len tomaba abundantes notas.

—¿Y tu papá? —preguntó Élmer.

El niño se encogió de hombros.

—Quisiera un poco de agua, por favor.

Élmer le sirvió un vaso y Víctor bebió ávidamente. Hilos de agua le corrían por la barbilla. Cuando terminó, se secó los labios con la manga de su camisa.

—Hay más —dijo Élmer, sonriendo—. Bebe un poco más.

Pero Víctor se rehusó y miró a través de la ventana. Norma siguió su mirada. Era un día gris de finales de invierno en la ciudad, y el suave contorno de las montañas se ocultaba tras la neblina. No había nada que ver.

—¿Qué quieren que haga? —preguntó Norma.

Élmer se mordió los labios. Le hizo señas a Len para que se llevara al niño. Víctor se levantó y abandonó la habitación sin protestar. Élmer no volvió a hablar hasta que él y Norma se quedaron solos. Se rascó la cabeza, luego tomó el frasco de pastillas.

—Son para el estrés. Mi médico dice que paso demasiado tiempo en este lugar.

—Y no le falta razón.

—Tú también lo haces —dijo él.

—¿En qué piensas, Élmer?

—Al programa no le va bien —hizo una pausa para escoger sus palabras con cuidado—. ¿O me equivoco?

—Ha habido dos reencuentros en seis semanas. A la gente no se la encuentra en esta época. Siempre nos recuperamos en primavera.

Élmer frunció el ceño y dejó el frasco de pastillas.

—Este niño nos puede servir, Norma. ¿Lo oíste hablar? Su vocecita podría hacer llorar a cualquiera.

—Casi ni habló.

—Un momento, escúchame. Esto es lo que estoy pensando: un programa especial el domingo. Yo sé que 1797 es un tema delicado para ti, y lo respeto, de veras. Por eso quería presentártelo yo mismo. El niño no sabe nada sobre la guerra. Es muy joven. Pasa la semana con él, Norma. No será tan malo como parece.

—¿Y qué hay de su gente?

—¿Qué hay con ellos? Ya aparecerán. O contrataremos a algunos actores. Él no notará la diferencia.

—Estás loco.

Élmer le puso una mano en el hombro. Tenía ojos negros y pequeños.

—Es una broma, pero en serio. Ya no soy un hombre de radio, te olvidas de eso. Soy un hombre de negocios. Si no encontramos a nadie, le compramos un boleto de autobús y lo mandamos de vuelta a casa. O lo entregamos a las monjas. El punto es que él revitalizará el programa. Y eso es lo que necesitamos, Norma.

—¿Y qué hay del profesor?

—¿Qué pasa con él? Es un imbécil. Debería estar en la cárcel por abandonar a un niño. Podemos denunciarlo el domingo también.

Ella se miraba las manos: las tenía pálidas y arrugadas, como nunca las hubiera podido imaginar. Eso era envejecer, a fin de cuentas.

—¿Qué pasa? —preguntó Élmer.

—Estoy cansada, eso es todo. La idea de hacer que linchen a un hombre por abandono... no es precisamente por eso que me levanto de la cama todas las mañanas.

Élmer sonrió.

—¿Y por qué te levantas, querida?

Al no obtener respuesta, Élmer le puso una mano en el hombro:

—Así es la vida, Norma.

—Está bien —dijo ella luego de un momento.

—Genial. ¿Puede quedarse contigo?

—¿Quieres que sea su niñera?

—Bueno...

—Dame la semana libre.

—Un día.

—Tres.

Élmer sonrió.

—Dos, y luego hablamos —ya se estaba poniendo de pie—. Haces mucho por esta radio, Norma. Muchísimo. Y estamos agradecidos por ello. La gente te adora.

Dio unos golpes a la puerta y, poco después, Len entró con Víctor. Élmer sonrió de oreja a oreja y acarició la cabeza del niño. Len lo hizo sentarse.

—Aquí está mi campeón —dijo Élmer—. Bueno, hijo. Te vas a quedar con Norma por un tiempo. Ella es muy buena y no tienes nada de qué preocuparte.

Víctor no dijo nada. Parecía un poco asustado. Norma sonrió. Luego Élmer y Len se marcharon y ella se quedó a solas con el niño. La nota seguía allí, sobre la mesa. Norma la agarró y se la guardó en el bolsillo. Víctor fijó la mirada en el inmenso cielo de alabastro.

Su voz era su mejor atributo, su cualidad principal, la base de su carrera y de su destino. Élmer decía que tenía una *voz de oro con hedor a empatía*. Antes de su desaparición, Rey afirmaba que renovaba su amor por ella cada vez que Norma le daba los buenos días. Debiste ser cantante, le decía, aunque ella no podía ni siquiera tararear una melodía. Norma había trabajado en la radio durante toda su vida. Se inició como reportera y luego llegó a narradora de noticias, suavizando las tragedias que le tocaba anunciar. Tenía un talento innato: sabía cuándo hacer que su voz sonara temblorosa, cuándo detenerse o arrastrar una palabra, qué textos debía lanzarse a leer como si las propias palabras estuvieran en llamas. Leía las peores noticias suavemente, sin prisa, como si fueran poesía. El día que

Víctor llegó, un hombre-bomba se inmoló en Palestina, se produjo un derrame de petróleo en las costas de España, y se definió un nuevo equipo campeón de béisbol estadounidense. Nada extraordinario, ni nada que afectara al país. Leer noticias internacionales era como actuar, pensaba Norma, esta lista de sucesos cotidianos no hace más que confirmar lo marginales que somos: una nación en la periferia del mundo, un país imaginario al margen de la historia. Para las noticias locales, seguía la política de la emisora que era también la política del gobierno: leer las buenas noticias con indiferencia y hacer que las malas noticias sonaran alentadoras. Nadie era más diestro en ello que Norma; con sus caricias vocales, las cifras de desempleo sonaban como lamentos agridulces, y las declaraciones de guerra, como cartas de amor. La noticia de un huaico se convertía en una conmovedora meditación sobre los misterios de la naturaleza, y los veinte, cincuenta o cien muertos desaparecían dentro de la narración. Esta era su vida en días de semana: la lectura inofensiva de desastres internacionales y locales —autobuses que se desbarrancaban en carreteras de montaña, el resonar de tiroteos en tugurios a la orilla del río, y, a lo lejos, en la distancia, el resto del mundo—. Los sábados los tenía libres, y los domingos por la noche volvía a la emisora para su programa estelar, Radio Ciudad Perdida, un espacio para gente desaparecida.

La idea era simple. ¿Cuántos refugiados habían llegado a la ciudad? ¿Cuántos de ellos habían perdido contacto con sus familias? ¿Cientos de miles? ¿Millones? Para la emisora era una forma sencilla de aprovecharse de su angustia. Y para Norma la forma más efectiva de buscar a su esposo. Un conflicto de inte-

reses, decía Élmer, pero la ponía en el aire de todas maneras. Llevaba diez años ya. Su voz era la más confiable y amada del país, un fenómeno que ni ella misma podía explicar. Desde el último año de la guerra, cada domingo por la noche, durante una hora, Norma atendía llamadas de personas convencidas de que ella tenía poderes especiales, que era adivina o clarividente, capaz de rescatar a los desaparecidos, separados y perdidos en la asfixiante y podrida ciudad. Desconocidos la llamaban por su nombre de pila y le suplicaban que los escuchara. Mi hermano, le decían, se marchó del pueblo hace años para ir a buscar trabajo en la ciudad. Su nombre es... Vive en el distrito de... Tenía la costumbre de escribirnos cartas, pero luego empezó la guerra. Si le parecía que estaban resueltos a hablar de la guerra, Norma los interrumpía. Siempre era mejor evitar temas desagradables. En vez de eso, les preguntaba por el aroma de la comida de su madre, o por el ruido del viento al recorrer el valle. El río, el color del cielo. Gracias a sus preguntas, quienes llamaban recordaban cómo era la vida en sus pueblos y todo lo que habían dejado atrás, e invitaban a los desaparecidos a recordar con ellos: ¿Estás ahí, hermano? Norma los escuchaba, luego repetía los nombres con voz meliflua, y el tablero se iluminaba con señales de llamadas, solitarias luces rojas, gente anhelando que la encontraran. También había impostores, por supuesto, y éstos eran los casos más tristes.

Radio Ciudad Perdida se había convertido en el programa más popular del país. Tres o cuatro veces al mes había grandes reencuentros que eran grabados y celebrados con gran fanfarria. Las emociones eran auténticas: las familias que se reunían viajaban desde sus

estrechos hogares en la periferia de la ciudad y llegaban a la emisora con pollos chillones y abultados sacos de arroz —regalos para la señorita Norma—. En el estacionamiento de la radio, bailaban, bebían y cantaban hasta la madrugada. Norma los saludaba a todos; ellos se formaban en fila para agradecerle. Era gente humilde. Les brotaban lágrimas de los ojos cuando la conocían —no al verla, sino cuando les hablaba: esa voz—. Los fotógrafos capturaban el momento, y Élmer se encargaba de que las mejores imágenes aparecieran en paneles publicitarios, imágenes inocentes y felices, inmóviles sobre el irregular perfil de la ciudad; familias otra vez completas mostrando sonrisas resplandecientes. Norma jamás aparecía en las fotografías; Élmer pensaba que era mejor alimentar el misterio.

La suya era la única emisora de radio nacional que seguía funcionando desde el final de la guerra. Luego de la derrota de la IL, se encarceló a periodistas. Muchos colegas de Norma terminaron así, o peor. Se los llevaron a La Luna, algunos desaparecieron, y sus nombres, al igual que el de su esposo, fueron prohibidos. Cada mañana, Norma leía noticias ficticias aprobadas por el gobierno; cada tarde, enviaba los titulares propuestos del día siguiente para que fueran aprobados por un censor. Dentro del orden establecido, éstas eran humillaciones insignificantes. No se puede cambiar el mundo, pensaba Norma, y con esa idea resistía hasta el domingo. Podría ocurrir cualquier semana, o por lo menos así lo imaginaba ella: el propio Rey podría llamar. Me interné en la selva, diría quizás, y he perdido a mi mujer, al amor de mi vida, su nombre es Norma... Si seguía vivo, estaba escondido. Lo habían acusado de cosas terribles en los meses que siguieron al final de la

guerra: se publicó una lista de colaboracionistas que fue leída al aire; sus nombres y alias, junto con un resumen de sus presuntos crímenes. A Rey lo tildaron de asesino e intelectual. Un instigador, el hombre que inventó la quema de llantas. Fueron más de tres horas de nombres, y se decretó que luego de ese recuento público ya no se los podría mencionar de nuevo. La IL fue derrotada y deshonrada; ahora el país se hundía en la ilusión de que la guerra no había ocurrido, jamás.

Al final de aquel primer día, Norma alistó sus cosas y al niño, y partieron rumbo a su departamento, en el otro extremo de la ciudad, a una hora de camino en autobús. Todo parecía desconcertar a Víctor. Ella se imaginó a sí misma en su lugar, en esta extraña e infeliz ciudad de ruidos y mugre, y decidió interpretar su silencio como un síntoma de valentía. El niño había dormido toda la tarde en el sofá de la cabina de radio, despertándose de rato en rato sólo para quedarse mirándola fijamente con aire taciturno. Aparte de pedir agua, casi no abrió la boca. En cierto momento, mientras narraba las noticias, ella le guiñó un ojo, pero no obtuvo ninguna respuesta. Ahora, mientras viajaban en el autobús, ella le sujetaba la mano y pensaba en la selva: la selva de Rey. Ella sólo la conocía por fotografías. Le parecía el tipo de geografía que podía inspirar terror y júbilo a la vez. La IL había tenido mucho poder en la zona de donde venía Víctor. Habían contado con campamentos, ocultos tras la espesura de la selva, y habían organizado a las comunidades indígenas para que se sublevaran contra el gobierno. Habían almacenado armas y explosivos que quizás seguían ahí, enterrados en el suelo húmedo.

El autobús recorría las calles deteniéndose de manera caprichosa, cada media cuadra. La ciudad re-

tumbaba áspera y chirriante: bocinazos, silbidos y el estruendo sordo de mil motores. El hombre sentado a su lado dormía bamboleando la cabeza de un lado a otro y llevaba su maletín bien sujeto contra el pecho. Un muchacho robusto, un poco mayor que Víctor, estaba de pie, contando dinero descaradamente, con el ceño fruncido, como desafiando a cualquiera a que se atreviera a quitárselo. Era lo mismo todos los días, pero en ese momento Norma se dio cuenta de que debían haber tomado un taxi o un tren urbano, que aquel espectáculo podía ser abrumador para un niño de un pueblito de la selva. Y así fue, en efecto. Notó que Víctor trataba de soltar su pequeña mano de entre la suya. Ella lo sujetó más fuerte y lo miró con severidad. «Cuidado», le dijo. Él le lanzó una mirada furiosa y soltó su mano, sacudiendo los dedos recién liberados frente a su rostro. El autobús frenó en seco y él salió corriendo por la puerta, hacia la calle. A Norma no le quedaba otra opción que seguirlo.

El cielo morado anunciaba el final del día. El niño se alejaba corriendo por la acera, atravesando espacios de luz y de sombra. Sus pisadas resonaban *tap tap* sobre el cemento. Norma estaba sola en una parte de la ciudad que no conocía, en una calle más tranquila de lo habitual. Los edificios eran chatos y anchos, con paredes de estuco moteadas de color pastel, y tan gruesas que parecían a punto de hundirse bajo su propio peso. Gracias a sus piernas larguiruchas, Víctor había llegado ya al otro extremo de la cuadra. No había forma de que ella pudiera alcanzarlo.

Pero Norma no contaba con la forma en que funcionaba la ciudad. Aunque había nacido y crecido allí, sus costumbres le seguían pareciendo casi perversas, y más

aún tras la guerra. Todo se había transformado, por completo, en algo diferente y extraño. Un hombre de cabello canoso se acercó a ella desde una puerta cercana. Vestía una delgada chaqueta gris sobre una camiseta amarillenta.

—Señora —le dijo—, ¿es ése su hijo?

Víctor no era más que una pequeña sombra en movimiento, dando botes bajo la luz anaranjada de los postes. Ella asintió.

—Permítame —dijo el hombre. Se llevó dos dedos a la boca y sopló, rompiendo la paz de la calle con un agudo silbido. De cada ventana se asomó una cabeza, y poco después había un hombre o una mujer de pie en la entrada de cada edificio. El hombre silbó otra vez. Le sonrió a Norma con simpatía, con su agradable rostro ligeramente enrojecido. Ambos aguardaron.

—¿Es nueva en el barrio?

—No vivo por aquí —dijo Norma. Tenía miedo de que la reconocieran—. Lamento causarle molestias.

—No es ninguna molestia.

Aguardaron un rato más, y pronto una recia mujer con un vestido deshilachado de color azul pálido apareció caminando por la cuadra, seguida de Víctor. El hombre murmuraba para sí mientras se acercaban —muy bien, aquí vamos—, como si le estuviera dando instrucciones. La mujer sujetaba la mano del niño con firmeza, y él ya casi ni forcejeaba. Con una sonrisa, condujo al niño hasta Norma.

—Señora —le dijo, con una reverencia—, su hijo.

—Gracias —dijo Norma.

Un autobús pasó jadeante y les obligó a guardar silencio. Los tres adultos sonreían entre sí; el pobre Víctor estaba rígido, como un prisionero listo para marchar. La noche caía, y una brisa fresca se deslizaba

susurrante por la calle. El hombre le ofreció su chaqueta a Norma, pero ella se rehusó. La mujer del vestido deshilachado se dirigió a Norma.

—¿Quiere que le ayudemos a pegarle? —preguntó amablemente, alisando los pliegues de su vestido.

El gobierno aconsejaba dar recias palizas a los niños, a fin de recuperar la disciplina perdida durante una década de guerra. La emisora transmitía mensajes de servicio público sobre el tema. La propia Norma había prestado su voz para las grabaciones, pero en realidad ella jamás había golpeado a un niño, pues no tenía hijos. Aunque la pregunta no debía haberle sorprendido, lo hizo.

—Ah, no —tartamudeó Norma—. Jamás me atrevería a pedir ayuda.

—No se preocupe —dijo el hombre de cabello canoso—. Aquí nos apoyamos unos a otros.

Todos miraban expectantes a Norma. Víctor también, con ojos acorados. Era gente tan amable.

—Quizás sólo un palmazo —dijo Norma.

—¡Perfecto! —el hombre se inclinó hacia el niño—. Así se aprende, ¿no es verdad, hijo?

Víctor esbozó una mirada vacía. Norma pensó otra vez en cuán extraña debía parecerle la ciudad. Lo cierto era que todo había cambiado. Ni siquiera ella la reconocía. Había oído hablar de lugares en la sierra donde la vida seguía siendo como siempre; de pueblos en las montañas, o en la selva, donde la guerra había pasado de largo, desapercibida. Pero no aquí. Ciertas partes de la ciudad habían sido abandonadas, la IL había hecho estallar edificios, el ejército había incendiado barrios enteros en busca de subversivos. Los Grandes Apagones, la Batalla de Tamomé: heridas tan severas que incluso les pusieron nombres.

1797 tampoco se había salvado. Ella lo veía en los ojos de Víctor. Estamos en una nueva etapa, había anunciado el presidente, una etapa de paz militarizada. Una etapa de reconstrucción. Un niño indisciplinado debía ser castigado. La mujer sujetó a Víctor de los hombros. ¿Cómo debía hacerlo? Víctor era un niño escuálido y frágil, fácil de quebrar. Él no parpadeó; se quedó mirándola fijamente.

Norma levantó el brazo derecho sobre su cabeza, y se detuvo durante un momento. Se alisó el cabello hacia atrás. Sabía lo que tenía que hacer: dejar que la fuerza de la gravedad la guiara, imitar a todas las madres que había visto en las calles, en los mercados, en los medios de transporte público. Era su obligación. Cerró los ojos durante un momento, el tiempo suficiente como para imaginar la escena: la cabeza de Víctor girando hacia un lado, como la de una muñeca, con una huella roja floreciendo en su mejilla. Estaba segura de que él no soltaría queja alguna.

—Lo siento —dijo Norma—. No puedo hacerlo.

—Claro que puede.

—No. Lo siento. No es mi hijo.

La mujer la escuchó sin entenderla. Abrazó a Víctor con fuerza.

—Tu mamá te engríe, muchacho —dijo la mujer.

—No es mi madre.

Norma tenía los dedos entumecidos. Miró al niño y se sintió mal.

—No es mi hijo —repitió.

La mujer del vestido deshilachado frotó la cabeza rapada del niño. Sin mirar a Norma, dijo:

—Su voz me suena conocida.

Sobre sus cabezas, parpadeaba la luz de un poste. Se había hecho de noche. Norma encogió los hombros:

—Me pasa a menudo. Ya debemos irnos. Muchas gracias por todo.

—Trabaja en la radio —dijo Víctor cruzando los brazos sobre el pecho—. Radio Ciudad Perdida.

—Dios santo —el hombre de cabello canoso levantó la mirada, asustado.

Norma vio las señales de reconocimiento en sus rostros. Atrajo a Víctor hacia sí y lo tomó de la mano.

—No digas tonterías, niño —lo regañó.

Pero ya era demasiado tarde.

—¿Señorita Norma? —la mujer se le acercó, como si pudiera reconocerla con sólo mirarla—. ¿Es usted? Diga algo, por favor; ¡déjeme oír su voz!

A su lado, la sonrisa del hombre lucía brillante y anaranjada bajo la luz de los postes.

—Es ella —dijo, y silbó por tercera vez, mientras Norma mascullaba una protesta entre dientes.

La calle se llenó de gente.